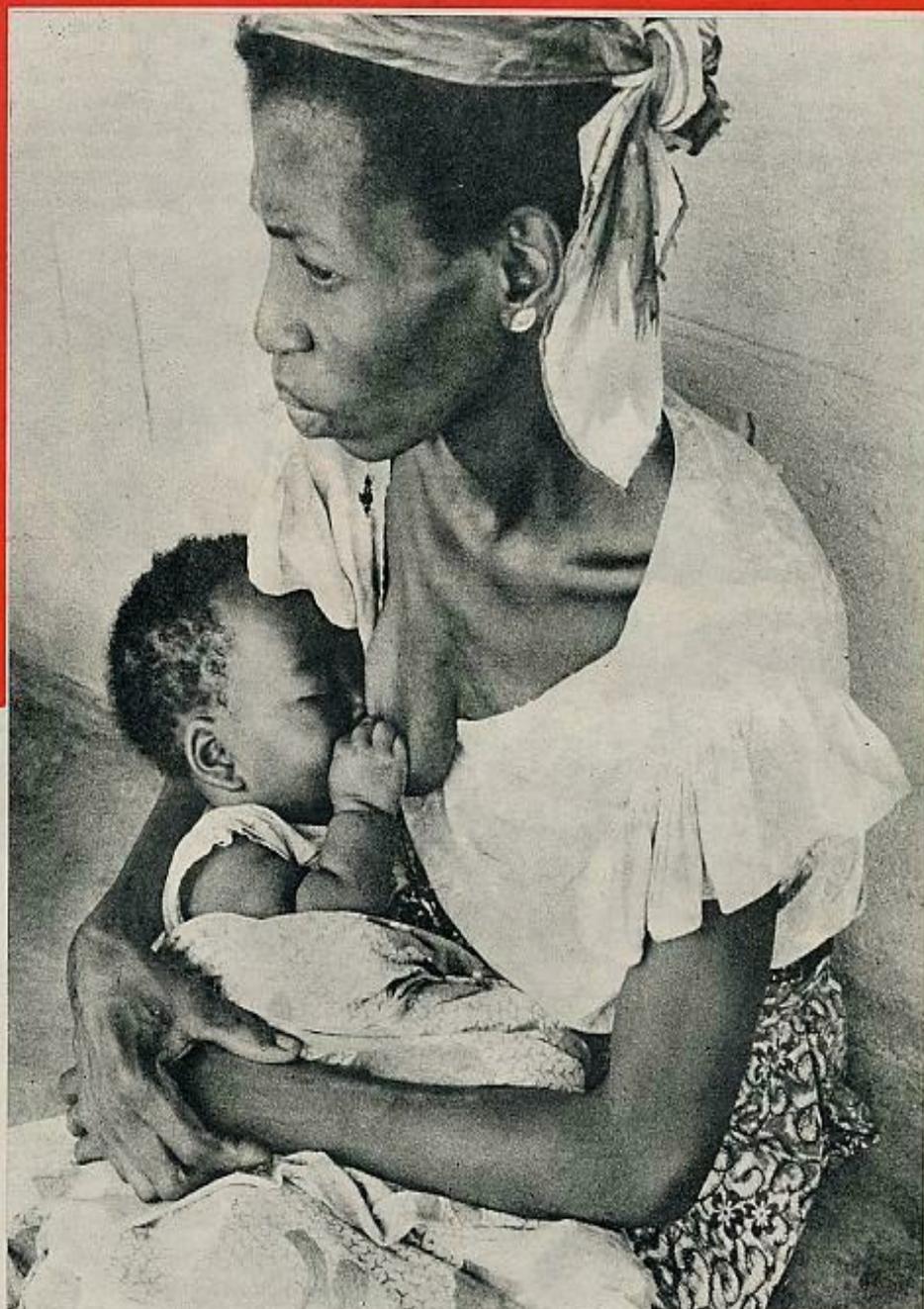


Se le ha llamado una guerra olvidada. Y sobre ella ha pesado, ciertamente, un interesado y voluntario olvido; un afán de crear confusión y emascaramiento alrededor de una contienda que, directa o indirectamente, ocasiona más de seis mil muertos diarios. La reunión de Adís-Abeba, las llamadas del secretario general de la ONU, las declaraciones internacionales, las conversaciones de alto nivel entre diversas potencias implicadas hasta cierto punto en el conflicto, no han conseguido nada. La guerra de Biafra sigue. TRIUNFO, que se ha ocupado repetidas veces del tema y ha dado sobre él impresionantes documentos gráficos y reportajes en directo, ofrece a continuación un dossier en tres partes: «Historia de una secesión», por Geneviève Chauvel (Biafra); «Proceso a Nigeria», un debate sostenido en Roma por dos intelectuales italianos con el embajador nigeriano en Italia, y un trabajo de Francesco Russo —a quien nuestros lectores conocen por su reportaje «Así seremos en 1986», recientemente publicado—, titulado «El general Humbren», desde Londres.



LAS luces se han apagado. El avión se hunde en la noche tropical, atravesada de relámpagos rojos. Un violento temporal sacude el aparato. Los disparos de la D. C. A. nos obligan a cambiar frecuentemente de rumbo, a sumergirnos en esta masa algodonosa que hace a la noche más opaca. Y después, de repente, hay un claro entre las nubes; el sol aparece bordeado de llamas. Mil metros más abajo arden los pozos de petróleo de Port Harcourt, incendiados por las tropas biafresas en retirada. El petróleo es la razón económica de esta guerra, que ensangrienta desde hace un año el país más poblado de Africa, y el más rico también: Nigeria.

Organizada en Federación desde 1954 por los ingleses, que querían reunir bajo su autoridad todos los pueblos del valle del Níger y de su delta —Ibos al Este, Yorubas al Oeste, Peuhls al Norte, Fulbés y Hausas en la frontera del Níger, Kanauris del lago Tchad—, Nigeria accede a la independencia el 1 de octubre de 1960.

Dividida en tres regiones de desigual importancia —el Este (que se convertiría en Biafra), esencialmente poblado de Ibos (nueve millones sobre catorce); el Oeste, país de los Yorubas, que se encuentra en el Dahomey vecino (entre los dos, un minúsculo Estado tapón: el Midwest); el Norte, en fin, inmenso, cuya capital es Kaduna— el país vivía bajo la dominación de los emires del Norte, grandes señores feudales musulmanes.

UN BLOQUE POTENTE

Pastores nómadas, convertidos hoy día en sedentarios, los pueblos conquistadores del Norte habían sido detenidos, a principios del siglo XIX, en su marcha hacia el «mar salado» por la mosca tsé-

tsé, que diezmaba sus caballos. Sin embargo, no habían conservado menos intacta una voluntad de dominación sobre los pueblos de la costa.

Cuando los ingleses arribaron, hace cien años, a la orilla del golfo de Guinea, consiguieron someter muy fácilmente la sociedad jerarquizada de los emiratos mahometanos. Al inventar la administración indirecta —Indirect Rule—, lord Lugard, primer gobernador del Norte y fundador de la Nigeria moderna, aseguraba la autoridad de la Corona, por delegación de poder, sobre un territorio en el que no tenía los medios de administrar directamente.

Habría querido extender este sistema al conjunto de las tribus meridionales, pero tropezó con los Ibos, de costumbres de anarquismo democrático, que le impidieron encontrar «interlocutores válidos».

Favorecida por el colonizador, Nigeria septentrional se presentaba como un bloque potente frente a un Sur dividido y particularista, cuando se abrió en 1953, bajo la presión de los meridionales, la conferencia constitucional de Lagos, des-

HISTORIA DE UNA SECESION PROCESO A NIGERIA EL "GENERAL HAMBRE"

tinada a preparar la independencia de la colonia.

Inmediatamente se opusieron nordistas y sudistas. Estos reclamaban una independencia total y rápida, mientras que los nordistas se mostraban muy reservados. Temían el dinamismo de los Ibos y de los Yorubas, que se habían beneficiado ampliamente, desde hacía medio siglo, de las enseñanzas de las misiones católicas y protestantes, cuyo apostolado educativo se había detenido, al Norte, por la barrera del Islam. Se habla de una secesión —ya— y de una independencia separada del Sur.

EL PUTSCH

DE 1966

A la salida de una de las sesiones de la conferencia, manifestantes independentistas insultaron y atropellaron a delegados del Norte. La reacción fue inmediata. Un motín estalló en Kano, principal ciudad del Norte, y fueron asesinados Ibos, primeras víctimas de una lista que no ha cesado de incrementarse. Numerosos Ibos emigraron hacia otras provincias de la Federación, donde se instalaron como vendedores, artesanos, contables, técnicos, ferroviarios, electricistas. Desde 1960, el Norte se asegura la potencia política. Más poblado él sólo que las tres provincias del Sur, tiene la mayoría en el parlamento, por lo tanto, en el gobierno. Y el primer ministro federal, sir Abubakar Tafewa Balewa, lleva el turbante y la barbita de los musulmanes del Norte. Pero los cuadros del país, tanto civiles como militares, son sudistas. Y a la cabeza los Ibos, que representan el 60 por 100 de los administradores y de los oficiales.

El 15 de enero de 1966, al día siguiente de la conferencia de la Commonwealth, reunida para discutir la secesión rodesiana, un grupo de jóvenes militares nigerianos, Ibos en su mayor parte, se levanta en armas contra la corrupción e ineficacia del gobierno federal, que llevaba en el poder seis años. Asesinan al primer ministro de la Federación y a todos los de las regiones, salvo al del Este, en país Ibo, Okpara, en cuya casa está de visita

el presidente de la república chipriota, Makarios. Los nordistas están particularmente sensibilizados por el asesinato del famoso Amado Bello, emir de Sokoto y hombre fuerte del Norte, por Nzeogu, un Ibo comandante del ejército del aire, perteneciente a la base de Kaduna. Enloquecidos de miedo por este golpe de estado, los diputados federales, reunidos la noche del 15 al 16 de enero, dan plenos poderes al general Aguiy-Ironsi, jefe del estado mayor del ejército, encargándole que se haga con los mandos rebeldes.

Cumple el mandato. Pero también da vacaciones a la Cámara, instaura un régimen militar y adopta finalmente por su cuenta el «programa» de los oficiales putschistas: depurar y modernizar el vasto cuerpo artificialmente agrupado por el ex colonizador británico. La desdicha, para Ironsi, es que él también es Ibo. Y ha creído bueno rodearse de oficiales nordistas, confiar su guardia personal a soldados Hausas; se tropieza con la oposición del N. P. C. —Northern People Congress—, disuelto, como los otros partidos, a raíz del golpe de estado, pero que ha permanecido como muy influyente.

Ironsi prepara a principios de mayo un decreto previendo la abolición de la Federación y la creación de un Estado centralizador y unitario. El 24 de mayo de 1966, los jefes tradicionales del Norte, príncipes y hombres políticos, reunidos urgentemente, rechazan esta perspectiva y anuncian la secesión del Norte. El alto comisario británico en Lagos y su colega americano ponen todo su peso en la balanza para impedir esta escisión que pondría en cuestión el «statu quo» africano y la unidad del mercado nigeriano, dominado por las grandes firmas anglosajonas. En Kaduna y Kano estallan motines. Y a título de advertencia se produce una nueva masacre de Ibos.

Pero Ironsi persiste y publica su decreto de unificación el 29 de mayo. Este hecho provoca instantáneamente el amotinamiento de los soldados nordistas, que asesinan a sus oficiales, comenzando por el propio general Ironsi, cuyo cuerpo no se encontraría jamás.

EL

POGROM

En la increíble confusión que se produjo, el representante de Su Majestad británica descubre a un teniente coronel desconocido y le facilita el ascenso a la cabeza de la junta militar que toma el poder: Jacob Gowon, treinta y tres años. Es del Norte, aunque cristiano, y pertenece a las tribus minoritarias del Middle Belt, ese cinturón «pagano», cristianizado en parte, que está a medio camino entre los emiratos tradicionales y los poblados de la selva.

Pero la tensión persiste en la inmensa provincia septentrional entre Hausas e Ibos. Y el 29 de septiembre los batallones estacionados en Kaduna y en Kano se amotinan de nuevo y reemprenden la masacre sistemática de los Ibos. Pronto son seguidos y relevados por la multitud de civiles, que desencadena el mayor pogrom de la historia africana contemporánea: treinta mil muertos en una semana. Un millón de Ibos abandona precipitadamente el Norte y el Oeste para refugiarse en el Este del Níger, en el territorio que aún no es Biafra.

A finales de 1966, la ruptura entre el Este y el resto de la Federación se ha consumado prácticamente; la secesión es inevitable. El Este, que ha recuperado sus militares, sus universitarios, técnicos y funcionarios, se prepara para la guerra. En el mes de octubre, un DC-4 cargado de armas se estrella en el ex Camerún británico. Su destino, consignado en el libro de a bordo cogido por las autoridades de Duala, es Libreville. Pero antes de llegar a Gabón el aparato debía descargar su cargamento de armas en Enugu, capital de la región Este. Pertenecía a una compañía cuya razón social está en Suiza y que dirige un americano de origen alemán, Warton.

COBRO

EN LIBRAS ESTERLINAS

Es él quien asegura en la actualidad, desde hace dos años, con sus Super-Cons-

tellations y sus DC-7 con base en Lisboa, el suministro de armas y municiones a Biafra y, desde hace un mes, el transporte clandestino de leche en polvo, medicamentos y proteínas expedidos por Cáritas Internacional, organización de socorro alentada por el Vaticano y el Consejo de las Iglesias Protestantes de Alemania: cuarenta y cinco viajes de ida y vuelta desde principios de julio. La Cruz Roja internacional, atenazada por legalismos que le impiden volar en socorro de los hambrientos sin el acuerdo de Lagos, que ha amenazado con abatir todos los aviones de socorro, no ha podido hacer más que dieciséis viajes.

Yo he llegado a Biafra en un avión de Warton, pilotado por un americano, con un copiloto alemán. Y he regresado de la misma forma. Un aterrizaje nocturno acrobático: la pista ha sido balizada eléctricamente, es una simple carretera cuya longitud se ha triplicado ganando terreno a la selva.

En enero de 1967, un intento de conciliación reunió en Ghana a los delegados de la junta militar por una parte y por otra a los de los Ibos: fue un fracaso. Londres y Washington multiplicaron las presiones para impedir la ruptura. Pero los Ibos, traumatizados por las masacres de septiembre, se negaron a someterse y volver a entrar en el regazo de una Federación siempre dominada por el Norte. Organizaron en el Este un consejo consultivo donde se sentaron todos los jefes de clan Ibo y los representantes de las tribus minoritarias: pueblos de los ríos, habitantes del delta, Calabars, Anangs, Ibibios y Efiks del Este: doce en total.

El 30 de mayo de 1967, el consejo proclama la independencia de la región Este bajo el nombre de Biafra—nombre de una de las dos bahías del golfo de Guinea—y designa por aclamación al teniente coronel Ojukwu como jefe del Estado secesionista. Desde que se proclamó la independencia, el gobierno federal de Lagos organiza el bloqueo de Port Harcourt, el gran puerto del Este, con su única fragata al mando de oficiales británicos.

Llega el mes de julio. Es en este período del año cuando las compañías petrolíferas deben pagar sus rentas anuales al gobierno: a grosso modo, un 90 por 100 para la compañía anglo-holandesa Shell-BP y un 10 por 100 para la Safrap, filial nigeriana de la Erap francesa. Descubiertos después de la guerra, los yacimientos de petróleo del delta del Níger han necesitado inversiones considerables por parte de los ingleses. Las prospecciones que han llevado a cabo han permitido descubrir recursos que parecen, a primera vista, más importantes que los de Argelia. Esta fuente de energía, a pagar en libras esterlinas, interesa vivamente al gobierno inglés. La producción de 1967 debía alcanzar cerca de 21 millones de toneladas de petróleo, y de no haberse producido la guerra, la producción de 1968 debía haber sido superior aún. Ahora bien, las dos terceras partes de los yacimientos están situadas en la región Este: en



Biafra. Con la exportación de aceite de palma y de caucho—la sociedad Michelin ha abierto una fábrica de neumáticos en Port Harcourt—, el petróleo representa, por lo tanto, la oportunidad de la independencia biafresa.

Así pues, en julio de 1967 se trataba de saber a quién debían de pagar sus rentas las compañías productoras: al gobierno de Lagos, que no reconocía la secesión, o al coronel Ojukwu, que hacía valer los derechos de Biafra sobre su subsuelo. No es un azar el que la guerra haya comenzado el 5 de julio, aunque la estación de las lluvias había empezado hacía un mes y sobre las pistas inundadas las operaciones militares eran muy difíciles.

REDUCIDO A LA MITAD

Los expertos británicos—antiguos funcionarios del «Colonial office» y ex oficiales del ejército colonial de Nigeria—y los oficiales Hausas, orgullosos de su ascendencia guerrera, han subestimado el valor combativo de los Ibos, técnicos y comerciantes, más numerosos en las armas científicas, artillería y transmisión que en las tropas de choque: según ellos, la resistencia militar de Biafra no debía durar ¡más de quince días! Se han equivocado. Y con ellos los augures políticos y diplomáticos. Hace un año que se lucha en Biafra, cuyo territorio «independiente» se ha reducido a la mitad, pero sobre el cual se han replegado once de los catorce millones de habitantes que contaba el Estado secesionista de 1967. Al abandonar las ciudades y los poblados bombardeados e incendiados, las poblaciones civiles huyen ante el invasor y convergen de todos los frentes hacia el corazón del país Ibo, gran selva cortada por ríos y ya superpoblada en tiempos normales.

Y son interminables filas de refugiados, exangües, enfermos, los que me he cruzado sobre la ruta de Elele a Oweri, después de desencadenarse la nueva ofensiva lanzada por los federales la víspera de la conferencia de Addis Abeba; niños

esqueléticos a los que he visto, con mis propios ojos, morir de hambre ante mí en Uturu; una mujer cuyo cuerpo, todavía caliente, he visto devorado por los buitres en Ikot Ekpene.

Si las autoridades federales pueden argüir de hecho que la mayor parte de los Estados africanos han condenado toda forma de secesión en África, la gran lección de Biafra es probar, día tras día, que una nación negra, privada de todo apoyo extranjero, puede por sí misma, sin la ayuda de «técnicos blancos» para dirigir sus estados mayores, para hacer andar sus ferrocarriles, sus teléfonos, su radio, su televisión, resistir a una formidable presión militar, económica y diplomática.

Los únicos elementos importados en el centro de esta revolución nacional son cuatro oficiales blancos, al mando del «mayor» Rolph Steiner, treinta y ocho años, antiguo soldado de la Legión extranjera francesa, y tres «encargados de misión» anexas al antiguo gobierno de la región Este. Añadamos cerca de 300 misioneros protestantes y unos pocos médicos holandeses...

Enfrente, al contrario, los telefonistas de Kaduna y de Kano son japoneses; los ferroviarios, pakistaníes o indios; en cuanto a los técnicos y mecánicos de aviación, son rusos. Pues la URSS también ayuda a las autoridades de Lagos: un crédito de veinte millones de libras ha sido concedido por Moscú al gobierno federal. Ha permitido a Jacob Gowon, que se proclamó general al principio de la guerra, autoridad sobre los Mig 15 y 17 soviéticos y los Delfines checoslovacos. Son éstos los aparatos que, pilotados por egipcios, bombardean las ciudades biafresas.

Apoyo militar de Londres, apoyo diplomático de Washington, apoyo financiero de Moscú, apoyo técnico de El Cairo: en pocas ocasiones se han visto tantas fuerzas rivales unirse para aplastar a una nación—la única verdadera nación de África», dice el coronel Ojukwu— que se bate por su libertad. ■ GENEVIEVE CHAUVEL (Biafra).



De izquierda a derecha:
Tafawa Balewa,
primer ministro federal,
musulmán del Norte,
asesinado en 1966. Amado Bello,
emir de Sokoto
y hombre fuerte del Norte,
también asesinado en esa época.
El general Ironsi,
Ibo, muerto en un motín
de los soldados
nordistas. Jacob Gowon,
teniente coronel,
luego jefe de la junta militar
nigeriana. Ojukwu,
jefe del estado biafreño.

UN DEBATE ENTRE EL ESCRITOR GOFFREDO PARISE Y JOHN MANNAN GARBA, EMBAJADOR DE NIGERIA EN ROMA. DIRIGIDO POR EL PERIODISTA NELLO AJELLO.

AJELLO.—Creo oportuno abrir este debate sobre la guerra de Biafra hablando de su aspecto más grave, más trágico: el hambre, la muerte por desnutrición de seis mil niños al día.

GARBA.—¿Quién le ha proporcionado esta cifra?

AJELLO.—Me ha sido confirmada por el obispo de Owerri. En cualquier caso, y aunque la cifra no fuera del todo exacta, el problema no varía. Los muertos existen, y son ciertamente muchísimos. Ahora me gustaría pedir a Parise, que ha estado recientemente en Biafra, que nos hable de estos estragos, que nos cuente sus impresiones de primera mano.

PARISE.—En primer lugar, debo precisar que no conozco Nigeria, sino sólo la parte de Nigeria que ahora se llama Biafra. Mi testimonio se refiere, pues, a la región secesionista, y la cifra de seis mil niños que mueren cada día por desnutrición me ha sido dada por Monseñor Joseph B. Whelan, obispo de Owerri, que representa a Caritas Internationalis en Biafra. Yo he visto personalmente muchos campos de prófugos y en ellos he asistido a escenas terribles. He visto morir ante mis ojos a dos niños en el lapso de veinte minutos. En otro campo he visto morir a otro en no más de cinco minutos. Era una imagen espantosa, que inmediatamente hizo venir a mi mente la de los campos de exterminio de Auschwitz y Buchenwald. Todos aquellos niños —me ha dicho el doctor Midlecoop, que es el director del hospital Queen Eliza-

beth de Umuahia— están destinados a morir por falta de proteínas.

AJELLO.—¿Tiene idea de cuántos son estos campos y de cómo están distribuidos?

PARISE.—Parece que los campos albergan a cerca de seiscientos mil refugiados, pero la cifra no dice gran cosa: se calcula, de hecho, que, dispersos en la selva y en las zonas del interior, hay cerca de tres millones y medio de prófugos. Cerca de Umuahia hay dos o tres campos. Otros están en las proximidades de Aba.

AJELLO.—¿Desea el embajador de Nigeria precisar algo, o desmentir las cifras que hemos dado?

GARBA.—Ante todo debo señalar que el arzobispo Whelan constituye una fuente muy parcial. Se ha declarado favorable a Biafra y, en consecuencia, se inclina a exagerar las cifras. Los datos numéricos citados por él no son exactos. Pero no es ése el problema. El hecho cierto es que existen miles de hombres, mujeres y niños que mueren y unos miles más o menos no pueden cambiar la situación. Pero no podemos separar lo que estos días ocurre en Biafra del aspecto político de la cuestión.

ES NECESARIO UN CONTROL

AJELLO.—De momento trataremos separadamente los dos problemas: la asistencia a los prófugos y las causas más profundas de la guerra. Parise había empezado a hablar de las instituciones internacionales que se interesan en la cuestión biafreña. ¿Quiere aclararnos de qué modo funcionan las organizacio-

nes de la Caritas Internationalis y por qué sólo ella está presente sobre el terreno?

PARISE.—La Caritas Internationalis es, hasta ahora, la única organización asistencial que, infringiendo las prohibiciones del gobierno nigeriano, se arriesga a llegar a territorio secesionista. Para hacerlo se sirve de aviones alquilados donde puede y de pilotos voluntarios, sobre todo suecos. Las demás organizaciones, como la Cruz Roja, están ligadas por convenciones internacionales que les prohíben toda injerencia en los asuntos internos de un país. Por este motivo, según creo, la Cruz Roja se ve constreñida a enviar sus socorros a Lagos, suscitando así las sospechas de los biafreños. He podido convencerme personalmente de que la carga de los aviones clandestinos de la Caritas Internationalis está constituida especialmente por medicinas y géneros alimenticios. ¿Por qué, entonces, el gobierno de Nigeria no permite a estos aviones entrar oficialmente en Biafra, cuando no es que les dispara directamente?

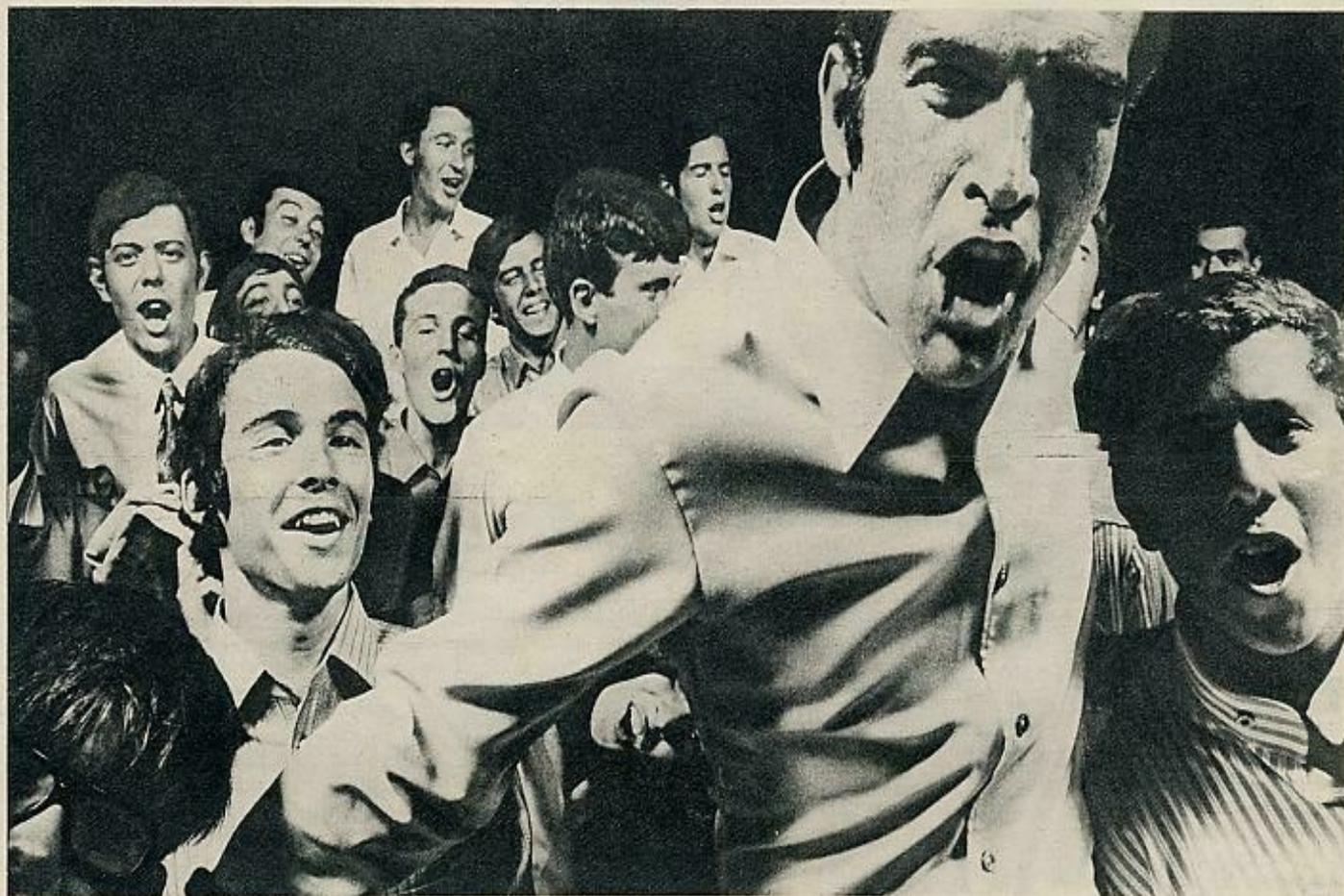
GARBA.—El gobierno de Lagos ha sido interpelado por muchas organizaciones asistenciales —por ejemplo, la OXAM, la UNICEF, la Cruz Roja sueca, la propia Cruz Roja nigeriana— y les ha precisado a todas que las ayudas deben converger en la organización internacional de la Cruz Roja, de modo que el gobierno pueda tratar con una sola entidad, por conveniencia administrativa y para facilitar el control. No es cierto que el gobierno federal se oponga a las ayudas a Biafra: hemos expuesto claramente este punto de vista nuestro en Niamey, durante las reuniones de la Organización

para la Unidad Africana. Hemos dicho que sólo queremos evitar que los aviones de socorro lleguen directamente a Biafra porque en este caso sería imposible controlar la carga. El control es necesario, y se lo demostraremos. El año pasado el gobierno federal aceptó cortar la prohibición de sobrevolar, de modo que algunos aviones pudieran aterrizar en territorio biafreño gracias a la gestión del Comité Internacional de la Cruz Roja; pero los biafreños se aprovecharon para hacer llegar armas a su país. Nuestro servicio de información ha podido confirmar que cuatro aviones —todos portugueses, procedentes de la isla de Santo Tomé—, de un total de seis, transportaban armas y municiones.

¿POR QUÉ BLOQUEAN LAS AYUDAS?

PARISE.—Podría aceptarse un control internacional sobre los vuelos directos a Biafra. De este modo podrían lograrse dos objetivos extremadamente importantes. El primero es el de superar la desconfianza de las poblaciones biafreñas, una desconfianza que no es injustificada si es cierto lo que me han dicho tanto el obispo de Owerri como el doctor Midlecoop, es decir, que muchos alimentos —glucosa, leche, cerveza y sal— llegados a Biafra después del control del gobierno nigeriano, estaban envenenados. En segundo lugar, al autorizar que ayudas masivas entraran a tiempo en Biafra, el gobierno de Lagos tendría en su mano un arma potentísima, el arma de la buena fe, que podría hacer valer ante el mundo.

Quando la juventud tiene razón



Dayax

Sí, cuando tiene razón hay que dársela.
Es lógico que los jóvenes quieran vestir de acuerdo
con su manera de ser: más alegre, más viva,
más libre, más al día y con más fantasía.
Quieren una forma de vestir propia ¿Por qué no iban a tenerla?

En IKE les damos la razón y hemos puesto
un equipo de jóvenes a diseñar para ellos

También al confeccionar nuestras camisas entalladas
hemos pensado en los más jóvenes de todos.
Para ellos IKE tiene su primera camisa de hombre.



camisas
Línea
IKÉ
joven

IKÉ CUIDA EL DETALLE

IKÉ primera marca nacional de camisería

GARBA.—Queríamos poder hacerlo. Pero, ¿quién nos daría garantías de que las ayudas directas a Biafra sin nuestro control no vendrían de países interesados en ayudar también militarmente a los secesionistas? Y, además, estoy seguro de que el primero en no aceptar sería el coronel Ojukwu: la muerte de millares de mujeres y niños es la mejor arma de que dispone para llamar la atención del mundo, para atraer la simpatía y la comprensión sobre Biafra.

PARISE.—Pero mientras tanto mueren seis mil niños cada día. En este momento el aspecto humanitario es mucho más importante que el político, y esto es lo que Nigeria debería comprender, renunciando a algunas de sus exigencias políticas y militares. A pesar de todo, un control internacional honestamente organizado podría darle todas las garantías.

GARBA.—Esta no es la primera guerra civil que existe, ni tampoco será la última. Usted olvida que en una guerra civil la muerte no es atributo de una sola parte. ¿Por qué no ha venido también a Nigeria? Habría visto un cuadro más completo de la situación.

PARISE.—Disponiendo de un pasaporte con el visado de Biafra no veo cómo habría podido atravesar las líneas e ir a Nigeria. Sin embargo, estoy dispuesto a ir inmediatamente y a testimoniar la verdad.

GARBA.—Venga a mi oficina y le doy el visado en seguida.

LAS CAUSAS DE LA SECESION

AJELLO.—Llegados a este punto, pasemos a la cuestión política. La opinión pública mundial no ha sido demasiado bien informada de las causas fundamentalmente políticas de la secesión de Biafra y de las consiguientes acciones militares del gobierno federal para ponerle fin. Todo se ha centrado en el aspecto humanitario, lo que, por otra parte, me parece justo. En general, las versiones se han limitado a interpretar el conflicto como una explosión de viejos odios tribales existentes en el país y supervivientes bajo el velo de una ficticia unidad nacional impuesta por los colonialistas ingleses. Pero de ahora en adelante la lucha entre los Hausas y los Ibos, las dos razas predominantes en Nigeria, ya no basta para explicarlo todo. Sólo es un remoto precedente, un punto de partida de una crisis más amplia y más complicada. Yo

mismo, cuando fui a Nigeria en octubre de 1966, asistí a los primeros gravísimos episodios originados por ese odio racial: en Kano, una de las ciudades más importantes de Nigeria del Norte, habitada sobre todo por población Hausa, justo el día siguiente al de la expulsión violenta de cerca de un millón de Ibos que habitaban —como «extranjeros» tolerados— en la región. Aquella fue, desde luego, una de las acciones más graves que dieron origen a la secesión biafresa: fue la demostración de que un país ficticio, cuyos límites fueron dibujados sobre el mapa por funcionarios del gobierno británico, podía desmembrarse de un momento a otro. Pero ahora me gustaría que el embajador separara lo que en esta guerra depende de la tendencia natural del país a lacerarse y lo que, en cambio, se puede atribuir a motivos de otro tipo: a las ambiciones de los jefes de una u otra parte y a las presiones de orden económico.

GARBA.—En lo que se refiere a la expulsión de los Ibos del Norte, usted olvida que el coronel Ojukwu, entonces gobernador militar de Nigeria del Este, promulgó un decreto en el que se invitaba a todos los nativos de aquella región, desperdigados por el país, a que volvieran a sus lugares de origen, y a todos los nigerianos de diversos orígenes a salir de los confines de la Región Oriental.

AJELLO.—Es cierto que a esto siguió una serie de violencias recíprocas. Pero quizá el acontecimiento más impresionante, al que asistí personalmente, fue la fuga de decenas de millares de personas del Norte al Sur: una multitud de prófugos, amontonados en camiones rudimentarios, que se volcaban en su país de origen, la actual Biafra, huyendo del odio racial. Fui luego a visitar el hospital de Enugu, en el que se encontraban los que habían sido heridos o mutilados en esta especie de pogrom. No era un espectáculo edificante.

GARBA.—Usted ha podido ver sólo una de las caras de la verdad: los Ibos que partían del Norte e iban a refugiarse a casa; no ha visto a los prófugos nativos de las regiones septentrionales que hacían el triste viaje en sentido opuesto. No es fácil explicarse en dos palabras sobre un problema de este tipo. En Nigeria existen docientas cincuenta tribus, se hablan centenares de lenguas. ¿Puedo hacerle una confesión personal? No conozco la lengua indígena de mi esposa; y tenemos cuatro hijos...

UN HOMBRE AMBICIOSO

AJELLO.—Lo que nos interesa es un juicio político de usted. ¿Usted cree que Ojukwu había deseado la secesión sobre todo por ansia de poder personal o bajo el impulso de razones económicas? ¿Qué papel han desempeñado en el conflicto las presiones de los países europeos o, en todo caso, occidentales?

GARBA.—Los economistas europeos fueron los primeros en constatar que Ojukwu es un hombre ambicioso. Hasta 1960 era un simple funcionario del Estado. Cuando entró en el ejército confió a los amigos su convicción de que un día serían los militares quienes gobernarán en Nigeria. Pero dejemos estar a Ojukwu y hablemos de economía. En la parte del país a la que los secesionistas han llamado Biafra se extrae el 60 por ciento del petróleo nigeriano; el 40 por ciento restante proviene de la región centro-occidental. Pues bien, una de las mayores acciones militares llevadas a cabo por Ojukwu, hace exactamente un año, fue la invasión de esta última zona para controlar completamente las fuentes petrolíferas. La ocupación duró cinco o seis semanas, y sabemos que en aquel período algunas potencias extranjeras —no quiero decir cuáles— mandaron armas y otras ayudas a Ojukwu, a cambio de concesiones que habrían debido hacerse efectivas cuando se ratificara la independencia de Biafra.

AJELLO.—Usted habla de concesiones petrolíferas...

GARBA.—También puede hablarse de otros minerales, de carbón y cosas por el estilo. Sin embargo, en gran parte, se trata de petróleo.

AJELLO.—En este punto me gustaría oír la opinión de Parise sobre la cuestión política.

PARISE.—Más allá de las sospechas que puedan alentar algunos elementos ya recordados —la ambición personal de Ojukwu, por ejemplo, que es una figura, a decir verdad, un poco ambigua, o la intervención de intereses privados extranjeros— se me plantea una duda mucho más general y radical. Pienso en los nuevos países africanos con fronteras artificiales heredadas del orden colonialista. Son fronteras que comprenden muchos grupos étnicos minoritarios y lenguas extremadamente diversas. La única verdadera y gran unidad de toda el África negra no es la falsa unidad colonialista, sino el recuerdo de la común esclavitud y del común do-

lor sufridos bajo los distintos colonialismos.

UNA CUESTION DE PODER

¿Qué ocurrirá con estas fronteras? ¿Permanecerán las convencionales, ya establecidas por los intereses coloniales, o se romperán y se formarán pequeños Estados gobernados por grupos minoritarios? Proyectemos estos interrogantes sobre la situación nigeriana: si es cierto que la secesión de Biafra representa la ruptura de un ordenamiento geográfico heredado de la época colonial, creo también justificada la duda de que en el plano social, económico, cultural, la secesión del pueblo Ibo —el más avanzado, el más cercano por cultura y civilización al mundo occidental— represente en el fondo una forma de neocolonialismo minoritario, una operación de poder; es decir, que no puede dejar de interesar a algunos países occidentales.

GARBA.—Pero, si es así, si la rebelión de los Ibos no es, en último término, sino un episodio de la lucha por el control político del país, ¿por qué su acción no se ha llevado a cabo en el interior de la federación, aceptando la actual estructura constitucional del país? ¿Por qué, en suma, un episodio de lucha política se ha reducido a una cuestión de aislamiento geográfico?

PARISE.—Probablemente se trata de una cuestión de poder, de zonas de influencia. Ojukwu posee sólo la región biafresa. Debe haber renunciado a extender su poder sobre todo el país y se ha limitado a constituir una especie de reino personal. A propósito de esto hay un elemento de mi experiencia personal que avala ciertas dudas, que me parece hacer más consistente la sospecha de que la secesión de Biafra pueda ser, en el fondo, una operación de poder de una minoría burguesa. Es el hecho de que, en una situación tan trágica, en el interior de Biafra no exista ninguna forma de racionamiento de víveres, ninguna medida estatal para defender los derechos de una comunidad tan duramente puesta a prueba. Cerca del campo de prófugos donde he visto con mis propios ojos morir de hambre a dos niños está un mercado en el que rige la bolsa negra, en el que el que tiene dinero puede comprar no sólo lo suficiente para sobrevivir, sino para no vivir nada mal. Existe, pues, una burguesía que puede procurar-

se un relativo bienestar, mientras a dos o tres kilómetros de distancia miles de niños mueren de hambre. Así es como he tenido una visión clara y precisa de que también en Biafra está vigente la espantosa regla de la lucha entre pobreza y riqueza.

GARBA.—Querría añadir algo. Cuando fue hecha pública la proclama de Ojukwu por la cual todos los Ibos que vivían en la región del Este y en las demás zonas del país eran invitados a volver a sus lugares de origen, los transportes eran encomendados a transportistas Ibos que hacían pagar a los hombres de su misma sangre, de su misma lengua, un precio triple del normal.

TRES BALAS POR CABEZA

AJELLO.—En ocasiones mucho menos graves que la guerra de Biafra —por ejemplo, cuando el terremoto de Sicilia— habíamos podido darnos cuenta de lo difícil y fatigoso que es garantizar una organización para el racionamiento de los géneros alimenticios y la equitativa distribución de las ayudas. Y, desde luego, Italia no es Biafra. Ojukwu, cuando fui a entrevistarlo en octubre de 1966, en el palacio del gobernador militar de Enugu, no me dio la impresión de ser un organizador, ni siquiera un hombre de Estado, sino más bien un joven militar ambicioso con pretensiones de refinamiento y una cierta dosis de cinismo. Era poco después del pogrom lanzado en el Norte musulmán contra los Ibos: su pueblo acababa de sufrir una dura prueba, y ya se anunciaba la secesión. En aquellos días llegaban a Enugu, procedentes de Lagos, delegaciones de negociadores para inducir al joven coronel a la moderación. Pero Ojukwu se mostraba irreducible. «Nadie —me dijo— nos puede obligar por la fuerza a formar parte de Nigeria. Si el gobierno de Lagos nos atacase, sería su fin: yo soy capaz de guardar mis fronteras». ¿Quién ha apoyado a este hombre en el conflicto contra un país mucho mayor que el suyo? ¿Quién le ha proporcionado las armas para combatir esta guerra a la que —dejando aparte las jactancias— se había lanzado como seguro vencido?

GARBA.—No debe haberle resultado difícil, ya que los funcionarios de la mayor parte de nuestras embajadas en el extranjero eran Ibos y podían establecer fácilmente contactos en todo el mundo. En Roma, por

ejemplo, en 1966, mi colaborador más directo era un Ibo, lo mismo que los cinco funcionarios que tenían los cargos de mayor responsabilidad. En consecuencia, era fácil para ellos entrar en relación con las grandes fábricas italianas de armas: Beretta, Parodi, Delfino, por decir algunos nombres...

AJELLO.—¿Puede Parise decir algo a propósito de las armas?

PARISE.—Puedo hablar sólo, como siempre, de lo que he visto. En Biafra hay armas de varias procedencias: metralletas checoslovacas, inglesas y también italianas, capturadas a los soldados federales; no he visto armamento pesado, mas que tres aviones B-26 destruidos en la pista del aeropuerto de Ihalala. Nada más. Lo más impresionante es que los biafreses logran hacer la guerra con poquitas municiones. He asistido al regreso de una expedición por el Norte, cerca de Ihalala, donde los soldados habían ido equipados con cinco balas por cabeza. El responsable del reparto me contó que si en aquel momento hubieran sido atacados sus hombres habrían podido disponer únicamente de tres balas por cabeza, lo que significa, entre otras cosas, que durante la acción precedente habían gastado dos balas cada uno. Episodios como éste me hacen pensar que la resistencia de los biafreses puede ser mínima y que en el transcurso de una semana las tropas nigerianas pueden ocupar Aba.

AJELLO.—¿Podría trazarse, sobre la base de sus conocimientos, un mapa rudimentario de los apoyos militares proporcionados por los países europeos a una y otra parte?

LOS AVIONES MIG

PARISE.—No conozco la situación de Nigeria. En Biafra la cuestión es muy compleja, dado que el arsenal de los secesionistas comprende armas de distinto tipo y de origen diverso: probablemente, las han adquirido donde podían, sin tener en cuenta la necesidad de uniformar los armamentos.

GARBA.—Desde este punto de vista, la situación de Nigeria y la de Biafra son muy similares: también el gobierno de Lagos se ve obligado a adquirir las armas donde puede, a quien está dispuesto a vendérselas.

AJELLO.—¿H a y mercenarios en Biafra?

GARBA.—No tengo ni idea.

PARISE.—¿H a y instructores ingleses o soviéticos, o, en cual-

quier caso, extranjeros entre las tropas nigerianas?

GARBA.—Puedo asegurarles que no ha habido nunca instructores soviéticos en nuestro ejército. Hay, en cambio, algunos aviones Mig, adquiridos por nosotros después de los primeros ataques aéreos por parte de los de Biafra y tras la negativa de los americanos y de los Ingleses a vendernos aviones. ¿Qué podía hacer entonces el gobierno federal? Se dirigió a la Unión Soviética y adquirió Migs. No puedo decir cuántos, pero la operación fue puramente comercial: los aviones fueron montados sin asistencia de personal técnico soviético.

PARISE.—¿No existen instructores europeos en el ejército nigeriano?

GARBA.—No. Instructores, no. Hay a veces algunos consejeros, hombres que no toman parte activa en los combates, en gran parte ingleses, indios y congoleños. De todas formas, son seis o siete en total, y han sido reclutados directamente, sin la más mínima intervención del gobierno inglés.

PARISE.—Perdonen si vuelvo al argumento del principio, pero insisto sobre el control internacional...

GARBA.—¿Y dónde cree que irían a parar los envíos de víveres y de medicamentos? Ojukwu ha dicho que distribuirá provisiones a quien empuñe un fusil y dispere. Así pues, a las mujeres y a los niños no les tocará nada, mientras que los soldados seguirán siendo aprovisionados.

AJELLO.—Hay toda una serie de problemas que empiezan a entrecruzarse, que son los problemas de la paz, los problemas que verán la luz después de la probable victoria militar nigeriana. ¿El gobierno federal tendrá la amplitud de miras necesaria para rehabilitar a un pequeño país envuelto en esta guerra atroz y para no considerar a los Ibos como un pueblo que, habiendo perdido la guerra, está destinado a seguir siendo súbdito de la Federación?

GARBA.—Me alegro de que se haya sacado a relucir este problema, porque me gustaría aclarar un punto muy importante. En la Federación nigeriana, sin contar con Biafra, existen no menos de cien mil Ibos, que pueden vivir y desarrollar sus actividades, no obstante la guerra, sin ser molestados por nadie. El jefe de la red ferroviaria del Norte es un Ibo, el director general de la administración de las zonas anteriormente ocupadas por los biafreses y ahora liberadas por el ejército nigeriano es también

un Ibo. Es, pues, injustificado albergar temores por esta minoría. Hemos tomado medidas humanitarias para ayudar a los prófugos y los refugiados: el viceministro general de la policía ha sido nombrado jefe de una oficina de asistencia, que deberá dar una nueva organización a los prófugos de guerra Ibos. Tendrá a su disposición cinco millones de libras esterlinas, una suma enorme para Nigeria.

PARISE.—¿Por qué, entonces, esta afluencia de prófugos hacia el interior de Biafra y no hacia el exterior? ¿Por qué los hombres que están en los pueblos y conocen las atrocidades de la guerra no van hacia los lugares donde no existe el hambre y donde se ha dejado de combatir en lugar de concentrarse en el interior, donde morirán de hambre o a manos de las tropas federales?

UN PEQUEÑO PUEBLO QUE MUERE DE HAMBRE

GARBA.—Todo es culpa de la propaganda llevada a cabo por Ojukwu: los alimentos envenenados, las amenazas de genocidio, etcétera. Para que la paz vuelva al pueblo Ibo y a Nigeria es necesario que Ojukwu renuncie a la secesión. Una vez tomada esta decisión, lo demás vendrá por sí solo. Los pueblos de Nigeria se reunirán en Lagos y se pondrán de acuerdo para una nueva constitución. Pero Ojukwu no desea nada de esto. No lo desea, porque es un hombre acabado a los ojos de Nigeria y a los de su propio pueblo. No podrá más que ir hasta el fin, pero ahora el destino ha puesto un término a sus ambiciones.

AJELLO.—Lo deseable, de todas formas, es que la guerra termine en virtud de conversaciones, antes de la victoria militar, y lo que cuenta, sobre todo, es que en caso de que la guerra continúe, se combata teniendo en cuenta ciertas reglas elementales de humanidad que hasta ahora se han transgredido. Las objeciones del embajador Garba pueden corregir la verdad, no la anulan. Un pequeño pueblo está muriendo de hambre, día a día; trátese de un genocidio organizado por Nigeria, a expensas de Biafra, o de una trágica ley de guerra, la sustancia del hecho no cambia demasiado. Es preciso que las ayudas, los víveres, las medicinas lleguen a Biafra. Sólo así el país más fuerte, Nigeria, podrá intentar aliviar de sí las sospechas de que usa el hambre y la masacre con fines políticos.

**CON 720.-PTAS
MI NOVIO EMPEZO A
HACER HISTORIA...¡LA NUESTRA!**



Kodak Instamatic 25

720 Ptas. es el precio del nuevo Equipo Kodak INSTAMATIC 25 que le permitirá hacer historia de la forma más sencilla. Una cámara de fácil manejo, con carga instantánea (basta 3 segundos para colocar el cargador automático. ¡A plena luz del día!), con cuboflash (4 fotos seguidas en interiores sin cambiar de lámpara) y un cargador para 12 fotos en color. Fabricado en España con la calidad y garantía de KODAK, para que Vd. haga historia de sus mejores momentos. Pídalo en su distribuidor KODAK.

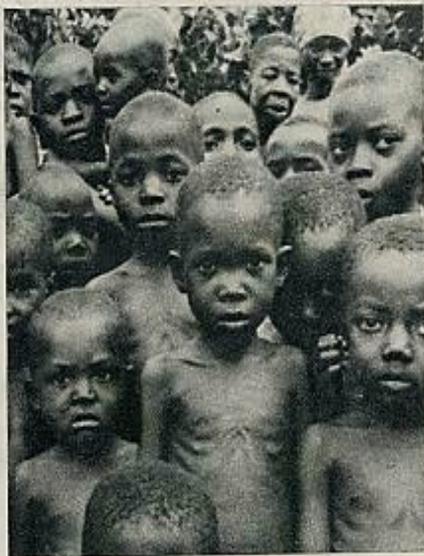
Kodak

BIAFRA

EL "GENERAL HAMBRE"

PODRÍA montarse un pequeño museo de historia natural con los animales cuyo nombre se le ha dado: «Escorpión negro», por su indiferencia al fuego; «Galgo del Níger», por su crueldad; «Halcón de Lagos», por su determinación de no dejar vivo un solo Ibo. Se trata del coronel de los «marines» nigerianos Benjamín Adekunle, un hombre de veintiocho años, atlético, colérico, armado con un zurriago que no duda en ajusticiar con sus propias manos a sus soldados cuando cometen un error. Hace unos meses se apoderó de Port Harcourt, hace unos días conquistó la ciudad de Aba, reduciendo a dos —Umuahia y Owerri— los centros importantes que siguen en manos del gobierno rebelde. En los centros conquistados no ha quedado ni un Ibo para esperar al «flagelo de África». Los vencidos prefieren morir de hambre en los bosques o en los campos de prófugos del país asediado, tal es el terror que inspira la fama de Adekunle. Con las frases que se le atribuyen podría componerse una grotesca imitación de los «Pensamientos de Mao». Pero más que por su macabro humorismo el libro haría impacto por el hecho de dar un mentis total a las intenciones humanitarias que el general Gowon atribuye a su gobierno y a la campaña militar contra los Ibos. En Lagos, el jefe del gobierno nigeriano declara: «Yo soy un auténtico humanista. He sido educado así. No quiero exterminar a los Ibos. Sólo quiero derrocar el régimen secesionista ilegal». Pero «Escorpión negro», que no ha sido educado en Oxford ni en la academia militar inglesa de Sandhurst, como Gowon y Ojukwu, dos amigos íntimos convertidos en enemigos acérrimos, se expresa en un lenguaje mucho más brutal. Dice: «No quiero ver aquí ni Cruz Roja, ni Cáritas Internacional, ni Consejo Mundial de las Iglesias, ni Papa, ni misioneros, ni delegaciones de las Naciones Unidas. Mi objetivo es el siguiente: a los Ibos no debe quedarles ni un bocado de pan antes de su capitulación. Dispararemos contra todo lo que se mueve en la zona de operaciones». «¿Y cuando estén ustedes en el corazón del territorio Ibo?». «Entonces dispararemos también contra todo lo que no se mueve».

La Cruz Roja ha calculado que en Biafra hay de cinco a seis mil muertos diarios a causa del hambre y de la falta de medios sanitarios, y que en los campos de prófugos languidecen entre dos millones y medio y cuatro millones de personas. En Fernando Poo y en otras localidades de África Occidental se amontonan socorros alimenticios y sanitarios destinados a la población civil de Biafra hasta un total de once mil toneladas, pero en Addis Abeba las negociaciones sobre el modo de hacer llegar estas ayudas a los habitantes de Biafra no llegan a resultados concretos, por imposibilidad de trazar una distinción nítida entre asistencia humanitaria y asistencia estratégica. Si, como parece, Nigeria ha adoptado la estrategia del bloqueo, sometiendo a un régimen de hambre a los sitiados, no conseguirá más que retrasar el momento de su capitulación. He aquí lo que Adekunle piensa al respecto: «Cuando los rusos sitiaron Stalingrado, ¿es concebible que los alemanes pidieran que se abriese un pasillo para el reaprovisionamiento de las tropas sitiadas? Si lo hubiesen hecho se les habrían reído en la cara. ¿Cuándo se ha visto que en una guerra la parte vencedora permita que el enemigo reciba del exterior provisiones de importancia vital, justo cuando la batalla decisiva es inminente? ¿Dónde está la lógica de esta petición de un corredor para Biafra? Entonces, ¿por qué no conceder también



un corredor al Vietcong?». A un periodista inglés que le había replicado durante una entrevista le hizo afeitarse la cabeza y luego le obligó a escribir mil veces: «Soy un asqueroso inglés y no debo mezclarme en los asuntos de Nigeria». Considera que los europeos son «insoportables» e «incompetentes».

LO QUE PIENSA TOYNBEE

«De los ingleses —dice Adekunle— sólo he aprendido una cosa, la palabra "sorry". No he sido yo quien ha querido esta guerra. Pero la tengo que ganar. Por eso debo matar a los Ibos. "Sorry"». La virtud de Adekunle, comandante del frente meridional, es mostrarnos con sus truculentas declaraciones a dónde puede llevar la rígida aplicación del concepto de soberanía en un continente como África, escenario de frecuentes sobresaltos separatistas donde los nuevos Estados son construcciones artificiales impuestas por los administradores coloniales y por notables locales a una realidad étnica y cultural cuyos confines no coinciden casi nunca con los nacionales. ¿Es este el caso de Biafra?

En una entrevista al «Spiegel», el filósofo e historiador inglés Arnold J. Toynbee decía: «Estoy persuadido de que lo que está sucediendo en Biafra es un genocidio y de que ambos gobiernos son responsables de él, tanto el de Biafra como el de Nigeria, quizá el segundo más que el primero. Soy adversario del nacionalismo nigeriano ni por el nacionalismo separatista de Biafra. Creo que las acciones de los Ibos se explican por su miedo: ya antes fueron víctimas de un pogrom, en Nigeria Septentrional, donde, siendo en general más instruidos y más hábiles que los nigerianos del Norte, ocupaban con frecuencia posiciones elevadas. Dado que ya una vez, en Nigeria del Norte, sufrieron una masacre, los Ibos temen también una masacre en su propio país. Es cierto que el gobierno nigeriano continúa afirmando que esto no ocurriría en caso de victoria federal. Comprendo que a los habitantes de Biafra les resulte difícil creerlo. Es doloroso que su miedo a los nigerianos les haga tan obstinados, pero también es natural. Sin embargo, no justifico su política de intransigencia en el terreno de su independencia nacional».

LA BALKANIZACIÓN AFRICANA

El temor a una balkanización de África fue el origen de las desconfianzas iniciales de los Estados africanos hacia el régimen secesionista de Biafra. De hecho, Nigeria no es un caso aislado. Dice Toynbee: «Cuando la emancipación de África se hizo probable, yo pensé que los pueblos africanos formarían naciones sobre la base de sus afinidades de sangre y de lengua, como sucede en Europa y como sucedió en la India en tiempos más recientes. En lugar de ello, en todos los países africanos la estirpe predominante ha aceptado las azarosas demarcaciones territoriales heredadas de los acuerdos de las ex potencias coloniales, Reino Unido, Francia, Bélgica, Alemania. Estos límites se consideran como una sagrada herencia nacional. Es algo que deja estupefacto. Los Somalíes son de los que más han sufrido. Les han dividido en tres Estados, y nadie les ha consultado. En la actualidad, Kenia y Etiopía deberían consentir la reunificación del pueblo Somalí. Pero los casos en que los confines étnicos han sido atravesados por los confines coloniales son numerosísimos...».

«A nosotros no nos parece —ha dicho en junio pasado el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Michael Stewart— que exista masacre en Nigeria». El 27 de agosto, en la Cámara de los Comunes, el secretario de Estado de la Commonwealth ha declarado: «La posición de Gran Bretaña es delicada y difícil, pero no podemos suspender los envíos de armas al gobierno federal porque, si lo hiciéramos, prolongaríamos los sufrimientos de la gente de Biafra». En otras palabras, Gran Bretaña se ha declarado, al menos hasta finales de agosto, al lado del gobierno del Estado surgido, con su ayuda, de su «colonia modelo».

Esta línea es actualmente condenada por la mayoría de los ingleses. Dice Toynbee: «No habríamos debido expedir armamentos a ninguna de las dos partes. En cambio, deberíamos haberlas llevado a la mesa de negociaciones. Habríamos podido hacerlo, ya que muchos nigerianos, incluidos los Ibos, han sido educados en Inglaterra y tienen relación personal con nosotros. Por eso creo que también nosotros somos en parte responsables de la tragedia. Pero, desde el punto de vista de una intervención militar, nuestra posición es prácticamente análoga a la del Papa».

LA RESISTENCIA DE LOS IBOS

«¿Qué consecuencias puede tener una intervención militar? —dice Toynbee—. La experiencia de los americanos en el Vietnam debe enseñarnos algo». «Si hubiese dicho "cikawe" a mis soldados —ha declarado Gowon— el gobierno de Biafra habría caído de golpe». («Cikawe» es una palabra Hausa que significa «adelante»). Gowon quiere hacer creer que ha tenido consideración con los Ibos, pero lo que en realidad le ha impedido concluir la guerra ha sido la resistencia de aquéllos. Gowon ha decidido confiar al «general Hambre» el encargo de debilitar a su demasiado tenaz y valeroso adversario. «Un genocidio —ha dicho Ojukwu— sólo puede probarse cuando ya ha sido consumado». Por lo que respecta a Biafra puede verse que dentro de poco tendremos todas las pruebas. ■ FRANCESCO RUSSO (Londres).